

ANDERS
DE LA
MOTTE

EL ASESINO DE LA MONTAÑA



ANDERS DE LA MOTTE

EL ASESINO DE LA MONTAÑA

Unidad de Casos Perdidos 1

Traducción de Pontus Sánchez

Título original: *Bortbytare*n

© Anders de la Motte, 2022

Edición publicada de acuerdo con Salomonsson Agency

© por la traducción, Pontus Sánchez, 2024

© Editorial Planeta, S. A., 2024

Ayda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

Primera edición: enero de 2024

ISBN: 978-84-08-28272-3

Depósito legal: B. 20.836-2023

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Egedsa

Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



EL REY DE LA MONTAÑA

Una tarde de primavera, cuando tenía ocho años, se fue corriendo.

En un momento dado estaba jugando con unos niños mayores en el bosque, y de golpe desapareció.

Todo el vecindario lo estuvo buscando desesperadamente bajo la lluvia y en el frío de la noche. Gritaban su nombre una y otra vez, con voces cada vez más afónicas cuyo eco resonaba entre las copas de los abetos. Pero era como si se lo hubiera tragado la tierra.

Y poco después del amanecer, cuando la esperanza ya estaba a punto de apagarse, lo encontraron metido en la grieta de una roca, empapado y ardiendo de fiebre.

No lloró ni se rio al verse salvado, sino que se limitó a mirar fijamente al vacío. No sabía explicar qué le había ocurrido; ni siquiera reconocía a sus propios padres.

Al menos eso fue lo que le dijeron luego, cuando le contaron cómo había ido todo.

Pero él no recuerda nada del suceso, más allá de la forma en que se recuerdan los cuentos viejos; una historia que le han explicado tantas veces que casi se ha vuelto real.

Pero solo casi.

En cambio, los días después del suceso sí que los recuerda con mucha más claridad.

Sábanas ásperas de hospital, personas vestidas de blanco con sonrisas de compasión y voces susurrantes. El intenso dolor de cabeza y los sueños febriles que lo hacían despertarse bañado en sudor y con el corazón a galope. Sueños de lugares oscuros y húmedos en las profundidades de la montaña; de portones de hierro, cadenas, pánico aterrador y dolor ardiente. La meningitis tardó varias semanas en remitir, hasta que por fin le dieron el alta y pudo regresar a casa.

Se sentía como un desconocido. Su madre tuvo que ayudarlo a encontrar su cuarto. Él le preguntó por lo menos cien veces si de verdad vivía allí.

No fue hasta mucho más tarde que comprendió cómo encajaba todo. La razón por la que no lograba recordar nada de su infancia antes de aquella noche. Por qué su cabeza estaba repleta de pensamientos retorcidos y necesidades oscuras.

Era un niño reemplazado.

Un niño que había ocupado el lugar del niño que se había ido corriendo.

Una criatura nacida del dolor y de los sueños febriles. Un niño que por fuera parecía una persona, pero que, en realidad, era un monstruo.

Así es como empieza su historia.

Viernes

SMILLA

—¡Es allí!

Él se adelanta corriendo entre la maleza y a Smilla le cuesta seguirle el paso. Llevan caminando por lo menos un kilómetro desde la pista forestal donde han aparcado el coche. La vegetación que los rodea consiste en un bosque azul de lúgubres coníferas, entrecortado por un sotobosque de tonalidades doradas propias del mes de octubre. Por aquí y por allá hay grandes zarzamoras con tallos de color granate cuyas espinas se enganchan en la ropa y arañan la piel.

—¡Espera! —grita ella.

La inclinación del suelo y el manto de hojas hacen que el terreno sea traicionero. Ella resbala, cae de rodillas. Se le clava la correa en la nuca. La cámara réflex pesa, pero es la que saca las mejores fotos cuando hay poca luz.

Se pone de nuevo en pie. Se sacude unas hojas mojadas de las rodillas. Él ya ha desaparecido entre la maleza.

¿Qué habrá visto?

—¡MM! —grita ella.

Él quiere que lo llame así, a pesar de tener un nombre de lo más bonito. Malik Mansur. Igual de tierno que sus ojos.

Oficialmente ya no es su novio. Llevan desde principios

de verano dándose un tiempo, aunque ninguno de los dos parece tenerlo en cuenta. Ambos obvian el hecho de que ella no tardará mucho en marcharse de nuevo a París.

En aquel momento, cuando ella decidió cortar, él se enfadó, le entraron celos, le mandaba mensajes con saña. Pero ahora todo vuelve a ser como siempre. O casi como siempre.

MM ha madurado en estos cuatro meses, se ha vuelto más varonil, más interesante.

Incluso un poco peligroso.

El sexo también es mejor. Mucho mejor.

¿Habrá conocido a otra mientras ella estaba fuera?

Le ha parecido ver pequeños indicios, pero Smilla ha preferido no preguntar nada.

Así es todo más sencillo.

—¡Smilla! —oye gritar a MM detrás de la maraña de zarzas.

Ella sigue subiendo. Pone más ojo en dónde pisa.

En la cima de la colina el terreno se vuelve llano. Deben de tener por lo menos cincuenta metros verticales de montaña bajo sus pies. Puede que más.

—¡Smilla!

MM se le aparece justo delante con ese rostro iluminado que a ella tanto le gusta.

—¡Está allí! —El edificio que le señala con el dedo es tan bajito y está tan recubierto de vegetación que apenas se ve.

Parece un lúgubre quiosco de cemento, pero con rejas de hierro donde debería haber ventanas. Las rejas están rellenas de piedra compacta. Le recuerda al muro del jardín de su casa de verano en Falsterbo. Smilla saca la cámara y toma un par de fotos.

—Filtro de piedras —dice MM, y toca una de las rejas—. Este búnker es la entrada de aire superior de la instalación, tal como él me explicó.

Su voz suena tensa y entusiasmada al mismo tiempo.

Tira de Smilla y se la lleva tras la vuelta de la esquina del edificio.

Durante el tiempo que han estado separados, él se ha visto aún más absorbido por su interés por el *urbex*, la exploración urbana. Probablemente tiene que ver con lo que está estudiando en la universidad. La arquitectura decadente. MM no puede dejar de hablar del curso en cuestión ni de Martin Hill, su fantástico profesor.

A lo mejor MM ha conocido a su nueva amiga en ese curso, pero parece que no tiene ninguna intención de hablar del tema.

En la parte de atrás del edificio de hormigón la montaña se abre paso por el suelo, formando grandes bloques de roca prehistórica que presentan la cara superior cubierta de musgo. A través de la cámara casi parecen cobrar vida, agazapados, esperando.

Ella siente un escalofrío, le pasa por la cabeza lo lejos que están del coche. Lo difícil que le resultaría encontrar el camino de vuelta si pasara algo.

Se palpa el bolsillo de la chaqueta. Su móvil sigue ahí, tal como debe ser. Pero no está encendido.

MM ha insistido en que ambos apagaran los teléfonos mientras ponían gasolina, muy lejos de allí. Se lo había prometido a su amigo.

«Porque toda esta expedición es supersecreta —había dicho MM—. Es única.»

—¡Aquí, mira! —MM señala la cara trasera del búnker.

Parte de la pared está hundida y se puede atisbar una estría de oscuridad en la abertura—. La puerta está abierta, como me prometió.

Smilla intenta compartir su emoción.

De todas formas, no logra deshacerse de la sensación desagradable que tiene dentro.

—¿Cómo has dicho que se llamaba tu amigo? —le pregunta.

—¿Quién, Berg?

—¿Berg? ¿De verdad se llama así?

Él se encoge de hombros.

—Y solo os conocéis desde hace unos meses —continúa ella—. Aun así, ¿te ha chivado lo de este maravilloso túnel? ¿Lo de la lluvia en la cueva?

MM no oye la pregunta, o bien la ignora. Está demasiado ocupado en explorar el portón; es de hormigón, y tiene un grosor de por lo menos medio metro.

La abertura es estrecha, y por un momento ella tiene la esperanza de que no puedan colarse por ella.

Pero MM no se deja frenar, como de costumbre. Se quita la mochila y se escurre dentro por la fuerza.

—¡Vamos, tú también cabes!

Ella titubea unos segundos.

El ordenador de casa está lleno de fotos de otras expediciones. Fábricas cerradas, casas abandonadas, lugares olvidados igual que este.

Pero nada de lluvia en una cueva. Eso solo se da en un puñado de lugares subterráneos donde las condiciones son tan especiales que la humedad del ambiente crea gotas visibles en el aire. Se muere de ganas de fotografiar una lluvia subterránea, él lo sabe. Sin embargo, Smilla sigue vacilando.

No son unos novatos, llevan móviles, linternas y pilas de recambio. En cualquier caso, hay algo en este sitio (el bosque, la altura, los trozos de roca agazapados y el pesado portón de hormigón) que la incomoda.

Y luego está el amigo ese. Berg.

Un apellido sueco de lo más normal.

Aun así, el término no deja de resultarle peculiar.

Berg. Montaña.

Vuelve a echar un vistazo a los bloques de piedra. Le recuerdan a unos trols de algún viejo libro de cuentos. Seres prehistóricos de la montaña. Malvados.

—¡Venga, vamos!

MM saca una mano por la abertura. Su voz se ha vuelto impaciente. La cara que asoma en la penumbra está tensa.

Ella sigue titubeando. Lo único que quiere es dar media vuelta y regresar al coche. Encender el teléfono y llamar a alguien: a su madre, a su padre, a su hermana, a quien sea, solo para oír la voz de otra persona. Decirle dónde se encuentra. Que quiere irse a casa, ahora mismo.

Pero entonces la cara de MM se transforma. Se ilumina con esa sonrisa suya que ella ha echado tanto de menos y que siempre la hace derretirse.

—Vamos, Smilla —la insta con ternura.

Ella titubea otra vez.

Luego le coge la mano y permite que él tire de ella por la abertura.

La estancia del otro lado es pequeña. Paredes, suelo, techo; todo es de hormigón gris.

En la cara interior del portón por el que se acaban de colar hay una gran rueda de metal oxidado que gobierna el

mecanismo de la cerradura. Hay algo en la rueda y la cerradura que le molesta, que alimenta su malestar.

MM no parece darse cuenta de nada.

—¿Ves? —dice él emocionado, y barre las paredes con el foco de la linterna—. Ni una pintada. Eso significa que nadie ha estado aquí. El portón de abajo del todo está sellado, esta es la única entrada que hay.

Smilla asiente tensa con la cabeza.

Por un agujero en el suelo asoman los asideros de una escalera vertical.

Ella ilumina el hueco con el haz de luz.

Una corriente de aire húmedo la golpea. Arrastra consigo un olor a agua, piedra, metal. El aliento de la montaña. Había visto esta expresión en algún foro de exploración urbana y en aquel momento le pareció bonita. Como si la montaña fuera un ser vivo. Pero ahora mismo, cuando el olor la golpea desde las profundidades, la idea se le antoja mucho menos sugerente. Unos metros más abajo su linterna ilumina una estancia parecida, con otro agujero en el suelo por donde la escalera vertical sigue descendiendo en la oscuridad.

—Vamos.

MM se cuelga la linterna al cuello, se agarra a los asideros de la escalera y empieza a bajar.

Ella vuelve a titubear. Echa un vistazo a la puerta. Hay algo en esa gran rueda, pero no consigue identificar el qué. Algo que refuerza su inquietud.

Sin embargo, MM no tarda en llegar abajo, a la siguiente estancia, y Smilla no puede dejar que continúe bajando solo.

Se aferra a la escalera y lo sigue.

Las barandillas están frías y ásperas. El metal se ve marrón en los puntos donde el óxido ha corroído la superficie galvanizada.

El corazón le late cada vez más fuerte.

MM hace un alto para inspeccionar la salita a la que llegan. Pasa el foco de luz por su alrededor antes de continuar. Ahora las paredes están hechas de la propia montaña en lugar de hormigón. Es unos metros cuadrados más amplia que el búnker, pero completamente vacía. MM ya ha seguido bajando por la escalera, ha atravesado el siguiente agujero y ha continuado adentrándose en la oscuridad.

La montaña está en silencio, solo se los oye a ellos dos, el sonido de sus movimientos y los jadeos.

Una tercera estancia, algo más grande. Ahí tampoco hay nada que haga detenerse a MM. El aliento de la montaña es cada vez más intenso. La cámara choca con la escalera y Smilla se ve obligada a pasársela a la espalda.

—MM, ¡no vayas tan rápido!

Él se detiene, tan solo un par de metros por debajo de ella.

—¿Qué pasa?

—Nada, ¿no podemos ir con más calma? ¡Vas muy deprisa! Apenas me da tiempo a echar un vistazo por donde pasamos.

—Pero si ya casi hemos llegado al túnel. Puedo ver el fondo.

Sin esperar a obtener una respuesta, continúa bajando por la escalera.

Smilla no tiene más opción que seguirlo.

La escalera vertical se acaba a medio camino entre el

techo y el suelo de la cuarta sala, lo que los obliga a descolgarse con cuidado en el último metro.

—Han cortado la escalera —dice MM mientras le echa una mano—. Seguro que es para que la gente no pueda bajar hasta el túnel.

Smilla suspira. De allí no pueden pasar, lo cual es un alivio y una decepción al mismo tiempo. Mira a su alrededor. La cuarta sala es quizá tres veces del tamaño del búnker de arriba del todo; las paredes angulosas de la montaña rezuman agua de tanta humedad.

—Mira.

MM alumbra el agujero del suelo por donde debería haber continuado la escalera.

Dos barras brillantes, que ella al principio ha pasado por alto, asoman medio palmo. Smilla tarda unos segundos en entender lo que son. Otra escalera, considerablemente más nueva, de aluminio.

El sentimiento desagradable vuelve.

—¡Espera! —dice otra vez, pero MM ya ha empezado a bajar. Desaparece de su campo de visión antes de que ella siquiera llegue a la escalera—. ¡MM, espera!

Pero él no le hace caso.

Ahora el aliento de la montaña es tan fuerte y húmedo que Smilla tiene que enjugárselo con el dorso de la mano.

—¡Guau! —grita él—. Date prisa, tienes que ver esto.

La escalera de aluminio debe de medir unos cinco metros de largo. Termina en un charco de agua sobre un suelo de grava afilada.

Esta sala es más grande que las anteriores. Por aquí y por allá, en el suelo, hay piedras y fragmentos de metal oxidado y deformado. Una de las paredes cortas de la sala

está abierta; conduce a un pasadizo por el cual el aliento de la montaña se desliza hasta Smilla y busca salir por el agujero del techo.

MM ya ha cruzado el pasillo. Puede verse el foco de su linterna moviéndose al otro lado. La voz resuena con entusiasmo:

—Ven, Smilla, date prisa.

El pasadizo baja en una cuesta empinada. La grava y la inclinación hacen que casi caiga de bruces en la estancia en la que él se encuentra.

Smilla se queda sin aliento. De repente todas las dudas y la preocupación se esfuman.

—¿Y bien? —dice él con una de esas sonrisas que a ella tanto le gustan.

—Es fantástico —jadea.

La estancia que creían que era un túnel de trenes es, en realidad, una enorme cueva alargada. Debe de medir unos cien metros de largo y termina en un portón de piedra gigantesco que se yergue justo al final del haz de luz de las linternas.

Debe de haber por lo menos diez metros hasta el techo. Las paredes son una mezcla de hormigón y roca cruda por la que resbalan chorros de agua, y el suelo, una laguna poco honda. En el lado donde ellos dos se encuentran sobresalen unos raíles un palmo por encima del agua y desaparecen delante del portón de piedra, donde hay más profundidad.

El agua está salpicada de piedras —probablemente desprendidas del techo y de las paredes— que asoman la cara en el agua negra. En el lado derecho de la cueva hay un muelle de carga con dos puertas de acero oxidado de color

marrón. Pero no son ni las puertas, ni la vía férrea ni el portón lo que la fascinan, sino el aire.

La succión del pasadizo que acaban de atravesar es tan intensa que el aire frío y húmedo se arremolina dentro de la cueva, y genera gotas de agua pequeñas pero visibles bajo el haz de luz.

—Lluvia subterránea —dice Smilla con voz solemne.

—Ya te lo he dicho —afirma MM con una sonrisita—. Berg cumple con lo prometido.

Smilla deja la linterna en un saliente y empieza a sacar fotos con la cámara réflex.

—Ilumina ahí —le pide a MM—. Súbete al muelle de carga.

Ella toma fotos y le va dando órdenes a él para ubicar las linternas.

Al cabo de un rato MM se cansa de hacer de ayudante de fotógrafa y empieza a inspeccionar las puertas de metal del muelle de carga.

Smilla continúa haciendo fotos. La luz es débil y tiene que ir desplazando la linterna y ajustar la configuración de la cámara hasta conseguir que las fotos queden como ella quiere.

Piensa ampliarlas, quizá colgar alguna en su dormitorio en París.

Un ruido ahogado la interrumpe.

Suena como un grito.

Mira a su alrededor en busca de MM, pero no lo ve.

Hasta ahora no se da cuenta de que la puerta izquierda del muelle de carga está abierta.

—¿MM? —El eco de su voz resuena por la cueva—. ¿Malik?

Sin respuesta. Su cuerpo se estremece, no solo de frío.

El malestar de antes vuelve, aunque esta vez es el doble de intenso.

Se queda mirando fijamente la puerta abierta, la oscuridad que acecha justo al otro lado del umbral.

Y de pronto entiende qué es eso que la ha estado carcomiendo desde su primer acceso al búnker de arriba.

La puerta de hormigón que estaba entornada tenía una gran rueda de apertura en la cara interior.

Pero por fuera era completamente lisa.

Eso significa que quien sea que la ha entreabierto, ha tenido que hacerlo desde dentro. Ha abierto una hendidura justo lo bastante ancha para que una persona pueda entrar por ella. Como un cebo.

Y luego el nombre.

Berg, «montaña».

El impulso de huida brota de la nada, como un escalofrío gélido que se propaga por el cuerpo. Se ve reforzado por la densa oscuridad que hay al otro lado de la puerta de acero y hace que su corazón se desboque.

Debería salir de allí ahora mismo.

Volver corriendo a la escalera y subir hasta la luz lo más rápido posible.

Una parte de ella no quiere otra cosa.

Pero otra, una parte más racional, le dice que MM podría haberse hecho daño. Que a lo mejor yace al otro lado de la puerta y necesita que ella lo ayude. Que cada segundo que se demora podría ser decisivo.

—¡MM! —vuelve a gritar.

El eco se queda unos segundos colgando en la cueva sin obtener respuesta.

Saca el móvil y lo enciende, lo cual es una estupidez, sin duda. Un reflejo que le cuesta segundos y que lo único que le dice es que allí, en el interior de la montaña, no hay cobertura.

Guarda el teléfono y trata de tranquilizarse.

Después se acerca, despacio, a la boca negra de la puerta.

Un leve olor escapa por ella. Un olor a cerrado que hasta ahora no había percibido. Como si el aliento de la montaña hubiese cambiado de apariencia volviéndose más denso, más crudo.

El olor la asusta. La convence aún más.

Este sitio es un sitio aterrador.

Un sitio maligno.

Pero no tiene más opción que continuar.

Adentrarse en la oscuridad.